

Amarrados y humillados

Salvador Rueda Smithers

Enrique Nalda (coord.), *Los cautivos de Dzibanché*, México, INAH, 2004.

Arqueólogo de bien fincada trayectoria en los distintos campos de investigación que su disciplina aborda, Enrique Nalda es, sin duda, uno de los mayistas que mejor entiende la importancia de la calidad en las labores de difusión del conocimiento especializado. No sorprende, entonces, ver su mano en la coherencia y excelente manufactura editorial de un libro que por definición debía ser complejo. Lejos del minucioso desfile de taxonomías cerámicas o pretender dar prolija cuenta de los hallazgos materiales en la antigua Dzibanché, se optó por la explicación razonada, limpia en lo posible de jerga profesional, para encontrar el perfil de la inteligibilidad científica que sabemos compañera de las claras ideas.

Los cautivos de Dzibanché es un libro con seis ensayos profusamente ilustrados y que estructuran un discurso integral. Aun que delimitados en torno a temas puntuales de acuer-

do con el plan del editor, los textos se relaciona pulcramente entre sí y logran dibujar una inquietante historia —o mejor, delinear los fragmentos recuperados hasta ahora de una larga historia, de la cual quedan indicios de un florecimiento civilizatorio, las huellas de su decadencia e infinidad de preguntas.

El pretexto central es la explicación de unos singulares bajorrelieves en piedra encontrados durante la temporada de investigación arqueológica 1993-1994 en Dzibanché, con las imágenes de cautivos amarrados y humillados, y los restos de inscripciones que daban sentido a la lectura conjugada de figuras, y fechas y frases que formaban mensajes y estructuraban una memoria.

Tal y como fueron encontradas, las piedras labradas resultaban apenas la promesa de un misterio escondido detrás de su azarosa disposición. En realidad, y a ello invita la lectura de este libro, se trata de un verdadero rompecabezas: los bajorrelieves fueron hallados en contextos ajenos a los de su factura y al propósito político y religioso original, dentro de una ciudad de la que se adivina con buen sentido su enor-

me tamaño, influencia e historia. En su introducción, Enrique Nalda alude a una conjetura que envuelve en cierto extrañamiento las figuras sobre las piedras: las imágenes formaron parte de la escalera de un edificio desconocido del Clásico temprano.

El ritmo vital de la ciudad fue, aun para nuestros parámetros, vertiginoso: creció rápidamente y cubrió de edificios y áreas habitacionales y productivas una gran extensión; también fue asiento de un linaje gobernante que llenó de mensajes plásticos el espacio visible, entre ellos las piedras esculpidas con los prisioneros; apenas unas generaciones más tarde, quizás a la vuelta de tres o cuatro siglos, el relato de los cautivos —cuyo propósito era mantener viva una particular memoria— perdió su eficacia y fuerza. El hecho o conjunto de hechos bélicos y políticos se olvidaron y perdieron todo valor. La ciudad entonces construyó un nuevo rostro, producto de “la ruptura de los patrones culturales de filiación *petenera* hasta entonces dominantes, y su sustitución a mediados del Clásico por un patrón de corte claramente local”.

Antes de entrar a la reseña de los ensayos que arman este libro, quisiera plantear, como un lector más, no especializado, la idea que me atrapó. En particular, y no tan sólo entre los antiguos mesoamericanos, personalmente me ha llamado la atención el mensaje profundo, no coyuntural, que cargan sus representaciones de hombres atados y sometidos. El cuerpo humano ha sido, en el arte, portador de signos; aproximarse a los códigos simbólicos de posturas, gestos, atavíos y adornos permitirá adentrarse en las claves interpretativas para descifrar los mecanismos mentales que propiciaron una civilización. Y en este caso particular, además, para atisbar la relación entre los linajes gobernantes y entre las ciudades de los mayas.

Permítaseme hacer un recorrido por cada uno de los ensayos, que ofrecen la perspectiva especializada de sus autores. Abre Enrique Nalda con una visión general que tituló "Dzibanché. El contexto de los cautivos". De entrada, este texto rebasa la enumeración de características circunstanciales que explicarían los jirones de un programa iconográfico. Por lo contrario, Nalda propone una explicación integral —hasta donde la información arqueológica lo permite— del hábitat civilizatorio. Por fortuna, no se trata de la descripción formal de edificios y conjuntos arquitectónicos, ni de la ponderación de estilos y geometrías reales y adivinadas —con esos vocabularios propios de los textos que se abren a la discusión o que ofrecen conjeturas e hipótesis con el inconfundible y desastroso tono de los informes de trabajo, que abundan entre la bibliografía arqueológica—, sino de una narración puntual de una historia urbana sorprendente y que se adivina implacablemente regulada. Sin fan-

tasías historizantes, Nalda plantea las secuencias constructivas y las probabilidades poblacionales de un complejo urbano hecho de la cifra de varias ciudades que funcionaban orgánicamente, desde el periodo Preclásico hasta el que llama "ajuste demográfico" que marca el inquietante y abrupto abandono o transformación de los patrones de vida urbana en los límites finales del Clásico.

No rehuye el dibujo de las características formales de los edificios de Dzibanché —incluyendo aquella calidad única en el área maya del talud y tablero teotihuacano; pero la estrategia narrativa conduce al lector a entender la ubicación de las esculturas de los cautivos y su extrañeza: fue durante esa fase terminal del Clásico cuando se adosaron, desordenadamente, 17 piedras esculpidas con prisioneros o de jugadores de pelota; dislocadas, sin más utilidad que el de material de construcción, dieron el convencional nombre moderno al Edificio de los Cautivos.

Queda a la vista la inmensa extensión de un sistema urbano integral, tal vez en lo que las mentes modernas entenderíamos como una confederación de ciudades, cuya jerarquía apenas es posible imaginar. De cualquier manera, Nalda aventura una interpretación plausible: Dzibanché siempre fue una urbe enorme, y su gran extensión fue una de sus características primigenias; del Clásico temprano datan los edificios monumentales, acordes a un programa arquitectónico bien definido con el léxico estético y del simple gusto del Petén —elementos que deben tomarse en cuenta junto a los puramente funcionales, ya sean religiosos o políticos. De esa misma época eran los patrones de la productividad agrícola basados en la combinación de

tecnologías, visibles en el cultivo de dos tipos de campos, uno en las zonas bajas dedicado al maíz, frijol y raíces, y el otro inmerso en las zonas habitacionales, bardeado, trabajado como huertas.

La importancia del notablemente extenso paisaje de Dzibanché tuvo su correlación política. Enrique Nalda explica que "Dzibanché fue residencia de los primeros gobernantes de la dinastía Kaan, que en el Clásico tardío tendría en Calakmul su sede" —asunto que Nikolai Grube trata con profundidad en el quinto ensayo. La hipótesis "deriva de una lectura no concluyente de las inscripciones contenidas en varios monumentos". Pero las evidencias apuntan hacia el otro extremo del ritmo de la civilización: las piedras esculpidas con los cautivos ya descontextualizadas, y otras ofrendas fechadas cerca de un milenio más tarde del florecimiento del Clásico, señalan la existencia de una población fija "sin capacidad de dar mantenimiento a los grandes edificios ceremoniales del pasado, pero con un ritual en el que se daba vigencia a antiguas creencias y que requería de cierta monumentalidad para su ejecución".

Los trabajos de rescate arqueológico señalan con claridad el momento del cambio, tal vez de apenas una ronda generacional: la desaparición del estilo Petén en la arquitectura ceremonial y en los espacios de gobierno. Pero no por abandono, sino por su brusca sustitución por un estilo local; con buena lógica histórica, Nalda apuntó que debe

[...] verse más como una ruptura que como un proceso de remplazo, lento y continuo, de formas y proporciones; no hemos encontrado en Dzibanché ejemplos que puedan interpretarse como "puentes" entre estilos (...) Desde la perspectiva de

este cambio abrupto, es posible pensar que la entrada del Clásico tardío representa en Dzibanché un cambio que, sin que sea necesariamente de orden estructural, habría significado un nuevo orden político, quizás un cambio dinástico, un replanteamiento de alianzas, y más importante aún, una nueva configuración territorial.

El rostro del primer colapso se delineó hacia el siglo VIII, cuando la estructura del poder político de Dzibanché mostró su incapacidad por mantener “los ritmos de construcción en las áreas *públicas*”, aunque el crecimiento demográfico continuara. “En efecto, al tiempo que se abatía la ocupación en los centros de arquitectura monumental, se intensificaba la edificación de nuevas áreas habitacionales en la periferia”. Curioso proceso generalizado, vale decirlo aquí, pero que asumió características particulares en cada ciudad: Dzibanché se desdoblaba en una urbe arquitectónicamente monótona, mientras Kohunlich reflejaría una gran diversidad cultural y la atomización de sus léxicos estéticos.

Hacia el siglo XVI los movimientos de la historia manifestaban un nuevo colapso. Los movimientos migratorios apuntaban hacia el norte, cambiando la geografía humana del entorno de Dzibanché: un páramo apenas habitado que escondía su milenarismo y ya muerto esplendor.

Es posible que los relieves puedan ofrecer una lectura de algunos hechos y su memoria entre los siglos IV y VIII. Eventos que no fueron contemporáneos, aunque siguieron una secuencia en la ejecución de los monumentos conmemorativos —según señala la lectura de los glifos que ofrece Erik Velásquez en el tercer ensayo.

Hombres sometidos con violencia, que en sus espaldas cargan sus

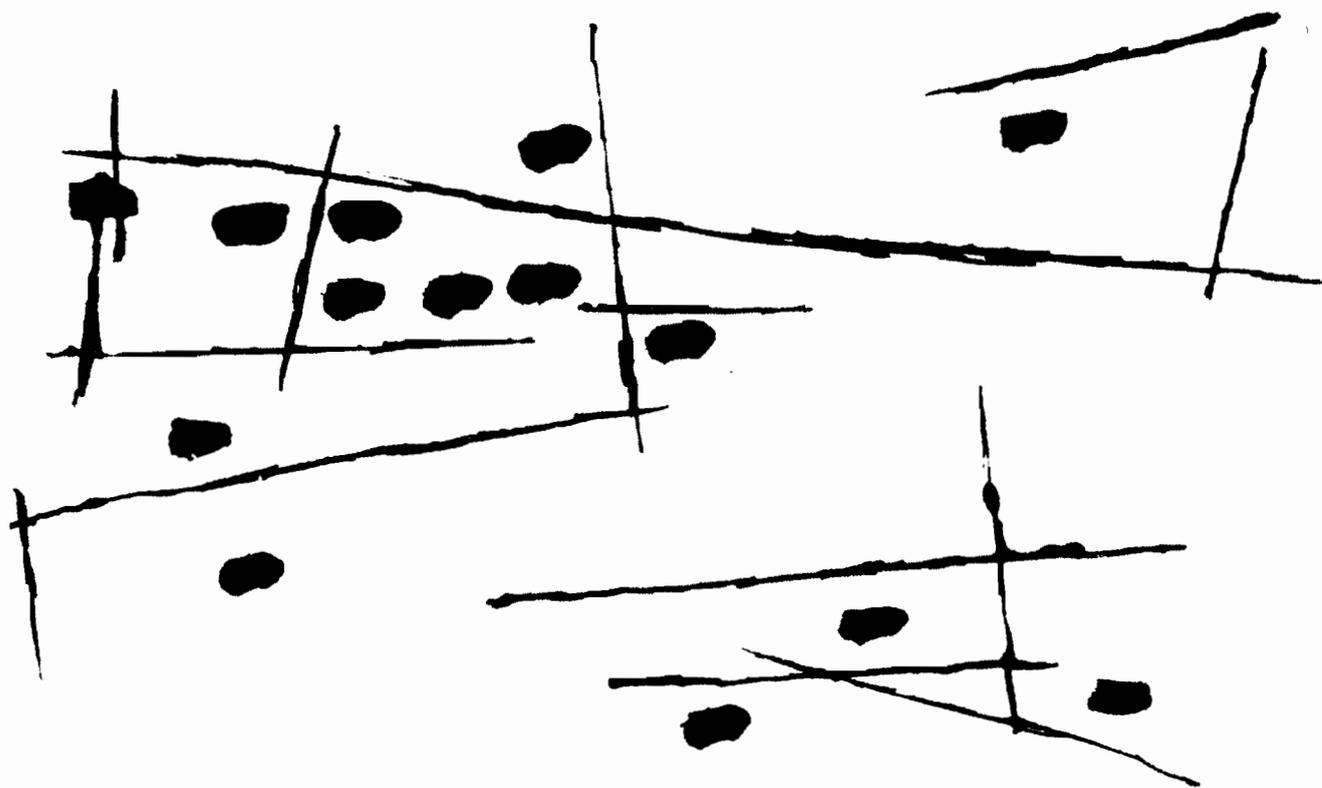
glifos nominales propios o reconocibles topónimos. Detrás de los propósitos artísticos y celebratorios se esconde una de las actividades sobresalientes: la guerra. Pero de las costumbres bélicas del antiguo mundo mesoamericano poco se sabe y mucho se ha conjeturado; baste por ahora insistir en la representación formal, marcadamente humillante, que apunta hacia la occisión ritual y hacia la carga simbólica del cuerpo cautivo. También puede agregarse que se infiere la distinción de Dzibanché como potencia regional en el momento de las conquistas y sus recuerdos; después la fortuna se desplazó a Calakmul.

El segundo texto es de Claude François Baudez, quien ensaya una interpretación sobre la guerra como cacería ritualizada de víctimas, costumbre mesoamericana, y que entre los mayas del Clásico tendría un doble carácter: político y económico geográfico, que señalarían los perfiles territoriales del dominio de dinastías y la preponderancia de unas ciudades sobre otras. El autor señala sobre una inclinación iconográfica: se representa el paisaje humano después de las batallas y no el hecho mismo de guerrear. De ahí la frecuencia de figuras cautivas —y en menor escala las de las batallas. El propósito de la representación tiene que ver con su carga simbólica religiosa: no la gloria del guerrero, sino su triunfal papel cósmico como sacrificador que ofrece la sangre de los vencidos tanto como la suya propia —y en este pasaje, la explicación de Baudez abre hacia un rumbo que sorprenderá al lector; baste adelantarle tan sólo que, de manera convincente, interpreta el momento y la técnica del dolor de la víctima como uno de los instantes climáticos de un ritual que no tenía como única meta la muerte del enemigo o del opositor. Se trata-

ba de mantener el movimiento del mundo.

Los cánones iconográficos permiten la lectura de las imágenes. Adornos, posturas, peinados, ataduras, composición de las escenas, etcétera, que con precisión discurre Baudez, atento a detalles de los rostros, los tocados, las máscaras, la indumentaria de pieles de jaguar y de plumas, así como los reconocibles signos del poder. Destacan como mecanismos del lenguaje, por ejemplo, el movimiento del cuerpo como símbolo, a su vez cargado de mensajes explícitos tanto como de alegorías y sinonimias: glifos en los muslos o en las espaldas, adornos indicadores del sacrificio, intercambiables entre el dominador y el dominado en un proceso de asimilación del que se tienen referencias en otras culturas y épocas. Un asunto queda claro: los símbolos sugieren que se despojaba al vencido de todo menos de su humanidad esencial, pues en ella residía el gesto último, el de la humillación y la muerte ritual, que lo hacía objeto precioso.

Es en esta circunstancia donde el dolor toma una dimensión insospechada, no sólo como *tempo* de la práctica religiosa —tanto en la occisión como durante el autosacrificio—, sino en su expresión plástica y gráfica. Los ejemplos que ilustra Baudez, tomados de las imágenes de las llamadas vasijas tipo códice, señalan sin duda el propósito de expresar ese sentimiento lo mismo que la habilidad de un artista —o de un taller— para representarlo. Decía Ernst Gombrich que el arte no existe, existen los artistas; baste mirar las ilustraciones de las páginas 66 y 67 para darse cuenta de esta doble condición: la del discurso plástico, por un lado, y la del talento de un artista que supo captar el dramatismo del dolor, por la otra.



Erik Velásquez aborda el difícil problema de resolver el revoltijo escultórico de las piedras esculpidas y recrear convincentemente, a través de la lectura epigráfica, los programas iconográficos de la serie que forma esta "galería de cautivos de guerra". De su propuesta de traslado literal de los textos glíficos de los escalones, se comprueba el origen bélico de los hombres humillados, todos ellos capturados en un periodo de cuando menos veinte años, luego de haber sufrido la entrada conquistadora "a la cueva", es decir, al poblado. De igual modo, la interpretación del otro grupo escultórico, cuyo formato hace suponer una factura más tardía y usos distintos a los escalones, en los que se representaron inscripciones y personajes en el juego de pelota. La lectura epigráfica permite, asimismo, la reconstrucción genealógica del linaje gobernante del "señor *Primer Lanzador del Hacha* (...) quien fue soberano del reino de la *Cabeza de Serpiente* entre 572 y 579". Concluye Velásquez con tres pertinentes preguntas hipotéticas sobre el papel mítico, emblemático y político de Dzibanché.

Simon Martin sigue un camino distinto: el enigma que encierra el lenguaje, que nos lleva a pensar sobre la evolución de algunas palabras y sus significados. Dejo al lector interesado aventurarse por el horizonte de la lectura epigráfica que mucho ha evolucionado desde el entendimiento del sentido semántico hacia la más actual comprensión lingüística y fonética precisa, así como de los problemas que la aproximación a un lenguaje olvidado, a sus giros protocolares y valores políticos y religiosos hoy se plantean los eruditos. Sirven de guía la claridad científica y la buena prosa de Martin —por cierto, uno de los autores más citados por los otros de este libro—, quien ofrece un ensayo que dista

mucho del ejercicio de soluciones fantasiosas.

Nikolai Grube reúne incertidumbres y certezas planteadas por el conjunto de autores para perfilar una de las preguntas centrales del misterio de Dzibanché: ¿sería ahí el original asiento de la dinastía *Cabeza de Serpiente*, la dinastía Kaan, cuyo glifo emblema aparece en numerosas inscripciones? ¿Fue Dzibanché el sitio terrestre de una historia de gobernantes con investidura sagrada, historia que repetía un persistente arquetipo mítico mesoamericano? ¿Es posible suponer que el reino de los Kaan fuera una "verdadera superpotencia del periodo Clásico"?

Grube no escatima el uso de sus fuentes para perseguir los fragmentos del mito y la pedacería aún más pequeña que nos ha llegado de esa historia: lo mismo acude a la epigrafía y a las diferentes formas de representación del glifo en altares, estelas, escalinatas, o incisiones en hueso, que a su modalidad pictórica de los vasos tipo códice relatora de las secuencias generacionales de los gobernantes. También compara, calcula, ajusta y deriva las formas escritas del glifo emblema con sus desdoblamientos fonológicos entre distintos subgrupos del maya.

Un recuento de las características materiales e iconográficas de las vasijas tipo códice sirve a Grube para establecer las coordenadas espaciales del origen mitológico. Estudios estilísticos y químicos ubican la geografía en un punto específico del Petén, pero también para delimitar hombres, dioses y urbes; vale la pena citar este pasaje del autor, a modo de invitación a su lectura total:

La producción extensa y la distribución altamente restringida del estilo conduce a la hipótesis de que la Cuenca de El Mirador, y particularmente Nakbé, pudo haber si-

do un destino de peregrinaje durante el Clásico tardío. Quizás, entonces, la cerámica del estilo códice haya sido producida, en parte, para satisfacer la necesidad de artículos rituales relacionados con prácticas religiosas en la Cuenca... El descubrimiento de la cerámica de estilo códice en Calakmul se puede ver como evidencia adicional de las alianzas del periodo Clásico entre las dos entidades geopolíticas. Los lazos jeroglíficos y arqueológicos entre la Cuenca de El Mirador y Calakmul, preservados en la cerámica de estilo códice, pueden significar que los últimos *ajaw* divinos del Clásico de Calakmul recurrieron a la Cuenca de El Mirador para conseguir una legitimación de su dinastía real. Para los mayas clásicos de la región, la arquitectura masiva del Preclásico y los monumentos de piedra de El Mirador y Nakbé quizás sirvieron como recordatorio constante de un pasado antiguo y glorioso.

Esta sugerente idea, puedo adelantar, tiene un claro paralelismo con la explicación de las Tollan, los pasos de los hombres-dioses depositarios del poder divino, los mitos genésicos con su obsesión por el cálculo del tiempo y las costumbres rituales que Alfredo López Austin encontró para el mundo náhuatl y otras zonas de Mesoamérica en su espléndido libro *Hombre-dios*.

Grube explica lo que llama el "conjuro de la coesencia" de la dinastía Kaan, estrategia narrativa ejecutada a través de una iconografía precisa y reiterada que representa a una gran serpiente con las fauces abiertas, a un dios viejo con los atributos del venado y el caracol trompeta, entre otros elementos que implican un relato fundacional en el que su protagonista era el legendario Ajaw Foliado, héroe cultu-

ral y civilizador que aparece en numerosas inscripciones mayas. Ante los ojos del lector aparece nuevamente la sospecha de que se está ante un arquetipo extendido por Mesoamérica: Chiwitz, Tollan y Apoala, confirma Grube, son la inquietante denominación del primordial sitio sagrado entre grupos culturalmente muy distintos, topónimo mítico de una narración ya bien estructurada durante el Clásico y cuya eficacia se extendería por muchos siglos más —y quizás por otras geografías.

Sin perder la secuencia argumental del libro, en el último ensayo David Stuart ofrece una explicación de la concha decorada de la tumba del Templo del Búho de Dzibanché. De factura clásica, es posible que la ofrenda haya sido contemporánea a los bloques de piedra con los cautivos esculpidos. El motivo central fue un tópico iconográfico maya: un gobernante enojado que carga entre sus brazos una serpiente bicéfala. La descripción formal de la pieza que propone Stuart, así como la explicación de los signos en el atavío del personaje, como el Ajaw Foliado, son

comparados en su repetición en muchas otras representaciones en estelas, ofrendas y objetos portátiles. Aquí tan sólo quisiera destacar la interpretación que este autor hace de la Serpiente Cósmica como símbolo celeste e instrumento de conjuro ritual. Otra vez se mira de frente un posible arquetipo civilizatorio. Stuart explica que estas

[...] serpientes parecen estar íntimamente ligadas a los seres que aún existen en las creencias y en la cosmovisión de algunas comunidades mayas tradicionales. Entre los *ch'orti* maya de Guatemala, por ejemplo, sobrevive un aspecto de la serpiente cósmica aparentemente como el *ch'ihchan* ("serpiente gigante") o *nochan* ("gran serpiente"), un ser acuático, enojado, que se asocia a la tierra y a la lluvia. Estas poderosas entidades ejercen una considerable influencia sobre las personas y la naturaleza, y creo que en épocas remotas los reyes y los nobles se adjudicaban una habilidad exclusiva para usarlas y controlarlas.

Vale recordar aquí, otra vez, lo que López Austin sugirió sobre las serpientes gigantes entre los nahuas antiguos y la pervivencia de relatos portentosos sobre reptiles inmensos, rescatados por Luis Reyes en Veracruz y Pedro Carrasco en Guerrero durante la década de 1960, o incluso la imagen de la serpiente gigante y acuática que domina la escena del oaxaqueño Rollo Selden, o aun la que sugiere una gran roca serpentiforme en las falldas de Chapultepec —¿otra Coatepec?—, en la ciudad de México.

No resta sino invitar a leer sobre Dzibanché. Libro sugerente, de lectura cálida, que los lectores no especialistas en el vasto mundo maya agradecemos: además de proveernos de las más modernas interpretaciones sobre el Clásico y los avatares que enfrentan los arqueólogos y epigrafistas en la solución convincente y verosímil de una historia desgarrada, nos abre la perspectiva de entender algunas de las aristas del ritmo vital de la civilización en los territorios de la historia de la humanidad.

De indígenas nobles

Perla Valle

Margarita Menegus Bornemann y Rodolfo Aguirre Salvador (coords.), *El cacicazgo en la Nueva España y Filipinas*, México, UNAM, CESU, 2005.

Hasta ahora los estudios acerca de la nobleza indígena y el cacicazgo

se habían dirigido a la descripción de sus características y el conocimiento de su desarrollo histórico, dejando a un lado enfoques comparativos entre sus modalidades étnicas y a través de diferentes etapas temporales. *El cacicazgo en la Nueva España y Filipinas* reúne un conjunto de textos sobre el cacicazgo en lugares tan lejanos y diferentes como Oaxaca y

Filipinas, precedidos por diversas reflexiones teóricas acerca de las características y modalidades variables de esta institución, a fin de puntualizar aspectos fundamentales y precisar el modelo.

El estudio del cacicazgo genera una gran riqueza de información sobre la vida indígena, cuyos datos requieren una investigación acuciosa